

Nancy Fernández. *Experiencia y escritura. Sobre la poesía de Arturo Carrera*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2008, 222 pp.

Desde las primeras líneas, el lector que se atreva a asomarse a este deslumbrante ensayo se verá arrasado por un torbellino hermenéutico. *In medias res* teórica comienza la historia de esta lectura, destacando una noción esquemática de vanguardia, para preparar el lecho desde el que seducen las mutantes criptografías de Arturo Carrera. Luminarias para orientarse en ese *maelström* son los nombres de, el primero, Adorno, con quien se declara la intención de realizar una lectura *estética* de los poemas del autor argentino. Más adelante, comparecen, asiduamente, Deleuze, Blanchot y Lacan, Barthes y Derrida, y, mediante un sutilísimo aprovechamiento de las herramientas que éstos afilaron, quedará definitivamente trizada –si la hubiera– la expectativa de una tradicional *ubicación* histórica de un discurso tópicamente adscrito a un autor ingenuamente identificable.

El concepto de *neobarroco* es funcional, una pista ineludible que aquí resulta adecuadamente desconstruida. No hay, pues –parece afirmar Fernández–, que preocuparse por la historia: esta lectura del ya nutrido *corpus* de Carrera ilustra (realizándola) la disolución del binomio *continuidad / ruptura*. Las fintas, brillantísimas, para rebasar conceptos como *tradición* o *influencia*, admiran. Para entenderlas cabe evocar el género del *carmen perpetuum*, una noción clave en el método compositivo de Carrera, aprendida de Horacio y Ovidio, y que en lo actual –quintaesenciado en la obra de Carrera– podría traducirse en el proyecto de una nueva poesía *sin solución de continuidad*. No hay fractura entre el todo y las partes; cualquier cesura o detención es aparente o está en cri-

sis: la pausa versal o estrófica, la puntuación, incluso el *impasse* de libro a libro, la distancia entre el texto y el comentario.... Fernández se hace eco de esa crisis y la proyecta sobre conceptos como “evolución” o “etapas”. Es impropio segmentar el discurso como si proviniera de sujetos distintos: separar al Carrera hermetico, críptico o neobarroco del Carrera sencillista, incluso “neosensacional”.

No cabe la lectura organicista: aquí se trata de algo entre metafísico y *bio-gráfico*: la genealogía. Arturo Carrera –podría decirse– es un término de relación. Así lo definió, pasmosamente, Sarduy, colocándolo en el extremo opuesto a Dios en una cadena (fantásticamente cromosómica) que abrazaba –a más del propio Sarduy, su eslabón más entrañado–, en celérica proporción, a Góngora y Lezama. Pero no ha de pensarse que la autora proyecta el correlato llamado Carrera en un firmamento que él solo define. Fernández sabe cuál es su constelación y nos la muestra: Lamborghini y Perlongher, Pizarnik y Aira. A partir de ahí, ya dispone el lector de las coordenadas para asistir, más o menos perplejo, a todas las revoluciones de la elíptica.

Experiencia y escritura, entonces, es el par, de sencilla apariencia, de aparente inocencia, que pretende acotar este discurso. Pero nada más alejado que esta obra de la noción canonizada, en cierto espacio crítico, como “poesía de la experiencia”. Confrontados los textos de Carrera con los de esa “escuela”, la implosión sería inevitable. Si al más “sencillista” de los poemas de Carrera le abriera las puertas esa “familia”, su desestructuración sería inevitable y tal vez resplandecerían sus falacias. La genealogía, en este caso, resulta imposible, pues hay incompatibilidad de origen. La experiencia de la poesía de Carrera es, radicalmente, *otra*: es experimento, prueba y especiali-

dad. Y de todo ello se siguen las huellas en el, por otra parte, no menos experimental, probatorio y especializado ensayo de Fernández.

El tema de la obra de Carrera es, según aquí se afirma, el saber de la vida. Podría pensarse que la pregunta que plantean (y en ocasiones intentan responder) sus poemas es engañosamente conversacional: *¿qué es de la vida?* Menos patético, menos estoico también, que el Quevedo que sustentivaba el devenir del ser, Carrera sabe que, aunque nadie responda, aunque el vivir falte para que el decir sea, siempre lo vivido asiste a (en) la escritura. Y es el hilo que, con elocuentísima parquedad en ocasiones, Fernández teje y desteje doctamente.

Si el título del libro acota el tema de la poesía de Carrera, el subtítulo (*Sobre la poesía de Arturo Carrera*), deja entrever con modestia una lectura menos ingenua: el discurso de Fernández fluye, en efecto, por encima del discurso de Carrera, convertido éste, radicalmente, en profundísimo hipotexto. No se espere la socorrida paráfrasis o la transliteración vicaria del poema interpretado. Ése sólo aparece cuando, verdaderamente, la tarea hermenéutica le ha preparado el hueco necesario. Si la hay, aquí la tesis no se muestra a cualquiera. Aquí se trata, ciertamente, de indagar (de obligar a indagar) en un *logos* densísimo. Y la tarea no puede ser sino ardua. Fernández otorga una singular sustantividad a su discurso, despojándola casi siempre del texto *huésped*. Nadie que no conozca a Carrera merecerá este estudio. Hasta cierto punto, el comentario se integra, familiarmente, en la genealogía de la escritura de Carrera y propone al lector el ADN de esa estirpe. Al hacer eso, le está reclamando una mutación: que, sin prescripciones accesorias, deje de leer como lo ha estado haciendo.

Los capítulos, por lo general, son

breves; marcan las vías de incursión; no pretenden apurar la cuestión que enuncian ya que ésta volverá –por qué no decirlo– rizomáticamente, semejante y diversa, en otra vuelta del torbellino hermenéutico (así, por ejemplo, ocurre con la tradición, el contexto y el origen; con lo autobiográfico, la infancia y la subjetividad). A la manera de escolios musicales, los capítulos constituyen –por retomar una expresión del mismo libro– variaciones minimalistas sobre un tema no epigrafiado sino apenas marcado en sus respectivos títulos. Por contraste con la brevedad de esas variaciones, merecen destacarse las torrenciales notas (no pocas desbordan el límite de la página): constituyen un discurso paralelo y transforman la lectura en un ejercicio –literalmente– migrante. No pueden ir *ad calcem*: no fungen como zócalo ornamental sobre el que apoya una disertación compacta y opaca. Las páginas de este libro son porosas; Fernández galvaniza su discurso movilizándolo filosofía, ciencia, pintura o música... La lectura se filtra hacia el *trascapítulo*, la sala de máquinas del sentido, la estancia donde se alberga el aparato necesario para que la lectura funcione. El lector va y viene, encandilado por el destello giroscópico. Los números voladizos son, a la ida, verdaderos *superíndices*, o bien, a la vuelta, se dirían –si se permite– fosfenos que titilan tras apretar los ojos para ver más adentro. Son desvíos, no quieren ser referencias: proponen tránsitos extravagantes, literalmente, que permiten trazar la cartografía de la conflagración del sentido que en otro lugar se ha desatado.

Y así, este libro consigue contrapuntear, empática, ceñidísimamente, el *trovar clus* de Carrera, una de las poesías más difíciles y, por lo tanto, al decir de su *homologon* Lezama, de las más estimulantes del idioma. Ahora, de la mano de Nancy

Fernández, ha encontrado una de sus más amplias y estimulantes lecturas.

Daniel Mesa Gancedo
Universidad de Zaragoza

Juana Alcira Arancibia, Malva E. Filer y Rosa Tezanos-Pinto, eds. *María Rosa Lojo: La reunión de lejanías*. Buenos Aires: Instituto Literario y Cultural Hispánico, 2007. 313 pp.

Los libros de la narradora, poeta y crítica María Rosa Lojo (1954-), ampliamente difundidos en la Argentina, han comenzado lenta pero seguramente a ser asequibles en los Estados Unidos. Tales son los casos de *Awaiting the Green Morning*, edición bilingüe con los poemas de *Esperan la mañana verde* (Austin, TX: Host); *Una mujer de fin de siglo*, en español, editado por Malva Filer y publicado por en Buenos Aires pero con distribución estadounidense por Stockcero en el mismo año y la edición crítica de *Lucía Miranda (1860)*, de la escritora decimonónica argentina Eduarda Mansilla, realizada por Lojo y su equipo y lanzada en Madrid/ Frankfurt am Main por Iberoamericana/Vervuert, todos en 2007. De esta manera, afortunadamente no se producirá la habitual colisión acerca de si corresponde iniciarse en la obra de una autora a través de su creación o, como es el caso de *La reunión de lejanías*, los ensayos críticos de otros académicos sobre su producción. El desembarco (término, se verá, muy caro al corpus textual y al cuerpo vital de Lojo) tiene como cabecera de playa ambas instancias.

En la ajustada introducción al volumen que nos ocupa, Arancibia (California State University, Dominguez Hills), Filer (Brooklyn College, City University of New York) y Teza-

nos-Pinto (Indiana University-Purdue University, Indianápolis) ofrecen un panorama de la vida y la producción de Lojo, inextricablemente ligadas, ya que se trata de una hija de exiliados republicanos padre gallego, madre madrileña que emigraron a la Argentina y criaron a la pequeña María Rosa, sin embargo, como una genuina española. El título de este volumen que incluye veinte estudios y una entrevista con la escritora es harto afortunado para dar cuenta de los vectores de su producción, lógicamente el exilio, la (in)migración y las "lejanías", en última instancia, como una revelación de la hibridez inherente al ser americano, un Yin-Yang que a través de la impronta autobiográfica aborda una vez más, pero en una clave renovadora, el que sin duda sigue siendo el tema principal de la literatura latinoamericana: la identidad, tanto personal como colectiva. Para ello, Lojo apela tanto a la llamada nueva novela histórica como, especialmente en sus poemarios, a la dimensión visionaria, profundamente enraizada en su caso en los románticos alemanes como Rilke y Hölderlin.

La reunión de lejanías abarca todos los registros escriturarios de Lojo que se han señalado. Marcela Crespo Buitrón aborda con notable lucidez la condición de ser, más que una exiliada, "la hija del exilio", con la c(u)alidad particular de que los hijos de exiliados viven enajenados no de sino *en* lo propio. No es casual que un epígrafe de la última novela de Lojo, *Finisterre*, sea un fragmento de un poema de Rosalía de Castro titulado "Estranxeira na súa patria", y aun sin aludir a ello, Crespo Buitrón lo torna cabalmente explícito sin caer en psicologismos extremos sino desde el productivo eje de la memoria y el olvido.

Kathryn Leman se centra, precisamente, en la operación que Lojo realiza sobre la nueva novela históri-